>> CAPÍTULO 8

TEMOR DESTRONADO POR LA GRACIA

Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.

—2 CORINTIOS 12.9

El que tiene misericordia se apiadará de ti; al oír la voz de tu clamor te responderá.

—ISAÍAS 30.19

[Dios] nunca da un aguijón sin esta gracia añadida, él lo toma para retirar el velo que le cubre el rostro.

—MARTHA SNELL NICHOLSON

>>>> GRACIA ES SENCILLAMENTE OTRA PALABRA PARA EL RESERVORIO DE FORTALEZA Y PROTECCIÓN DEL SEÑOR QUE AL LLEGAR NOS DERRIBA Y ENSORDECE. ESA GRACIA NOS LLEGA NO DE MANERA OCASIONAL O MEZQUINA SINO DE FORMA CONSTANTE Y AGRESIVA, COMO UNA OLA SOBRE OTRA.

Heather Sample supo que había problemas al momento en que vio la cortadura en la mano de su padre. Entre procedimientos quirúrgicos, los dos se habían sentado para comer algo rápido. Heather divisó la herida y le preguntó al respecto. Cuando Kyle explicó que había ocurrido durante una operación, una ola de náuseas inundó a la joven.

Ambos eran médicos. Los dos conocían el riesgo. Ambos entendían el peligro de tratar pacientes de SIDA en Zimbabue. Y ahora los temores que tenían se habían hecho realidad.

Kyle Sheets era un veterano con doce años de viajes médicos misioneros. Lo conocí cuando yo era estudiante universitario. Se casó con una chica encantadora llamada Bernita, y se establecieron en un pueblo de Texas para formar una familia y tratar a los más necesitados. Levantaron una familia que ayuda a los pobres. Diez hijos en total. Cada uno involucrado en obras de compasión. Como fundador y director de *Physicians Aiding Physicians Abroad*, Kyle pasa varias semanas al año trabajando en hospitales misioneros en países en desarrollo. Este viaje a Zimbabue no era el primero que realizaba allí.

Pero sí su exposición al SIDA.

Heather instó a su padre a comenzar de inmediato el tratamiento antirretroviral para prevenir la infección VIH. Kyle estaba renuente. Conocía los efectos secundarios; cada uno constituía una amenaza para la vida. Sin embargo, su hija insistió, y él consintió. A las pocas horas el hombre estaba gravemente enfermo.

Náuseas, fiebre y debilidad fueron solamente los indicios iniciales de que algo estaba terriblemente mal. Durante diez días Kyle siguió empeorando. Luego se desató la inconfundible erupción del síndrome de Stevens-Johnson, que casi siempre es mortal. Adelantaron el momento de partir mientras se comenzaban a preguntar si Kyle sobreviviría al viaje de cuarenta horas que incluía una escala de doce horas en Sudáfrica y un vuelo de diecisiete horas hasta Atlanta.

Kyle abordó el avión transoceánico con fiebre de 40,5° C. Se estremecía con escalofríos. Ya en ese momento estaba teniendo problemas para respirar y no podía sentarse. Incoherente. Ojos amarillentos. Hígado expandido y adolorido. Ambos médicos reconocieron los síntomas de insuficiencia hepática aguda. Heather sentía sobre los hombros el peso total de la vida de su padre.

Ella explicó la situación a los pilotos y los convenció de que la mejor esperanza para su padre era el vuelo más rápido posible a los Estados

Unidos. Teniendo solamente un estetoscopio y un frasco de epinefrina, se sentó al lado del enfermo y se preguntó cómo sacaría el cuerpo de su padre hacia el pasillo para darle RCP si se le detenía el corazón.

A los pocos minutos de vuelo Kyle se quedó dormido. Heather pasó por sobre él y fue al baño a tiempo para vomitar el agua que acababa de beber. Se derrumbó al suelo en posición fetal y oró: *Necesito ayuda*.

Ella no recuerda cuánto tiempo oró, pero fue lo suficiente como para que un pasajero preocupado tocara a la puerta. Heather la abrió para ver a cuatro hombres de pie en la cocina de la nave. Uno le preguntó si se hallaba bien. La preocupada hija le aseguró que estaba bien y que era médico. El rostro del hombre se iluminó mientras explicaba que él y sus tres amigos también eran médicos. «¡Y otros noventa y seis pasajeros!», explicó. Cien médicos mexicanos se hallaban en el vuelo.

Heather explicó la situación y les pidió ayuda y oraciones. Ellos le brindaron las dos cosas. Alertaron a un colega que era médico de primer nivel en enfermedades contagiosas. Juntos evaluaron la condición de Kyle y coincidieron en que no se podía hacer nada más por el momento.

Ofrecieron vigilar al enfermo para que la hija pudiera descansar. Heather lo hizo. Cuando despertó, Kyle estaba parado y hablando con uno de los médicos. Aunque aún era un paciente de nivel UCI, se hallaba mucho mejor. Heather empezó a reconocer en acción la mano del Señor, quien los había puesto exactamente en el avión adecuado, con las personas adecuadas, y les había suplido su necesidad con gracia.

El Señor también suplirá tus necesidades. Quizás tu viaje sea difícil. Tú podrías ser Heather en el vuelo, observando la lucha de un ser amado. O podrías ser el Dr. Kyle Sheets, sintiendo en su cuerpo el furor de la enfermedad y la muerte. Tú estás temeroso y débil, pero no estás solo. Las palabras de «Sublime Gracia» son tuyas. Aunque escritas alrededor de 1773, traen esperanza como la salida del sol de hoy día. «Su gracia siempre me libró y me guiará feliz».[1] Tú tienes en tu interior al Espíritu de Dios. Tienes huestes celestiales por encima de las tuyas. A Jesucristo interceciendo a tu favor. Tú tienes suficiente gracia para sustentarte.

La vida de Pablo resalta esta verdad. Él escribió: «Me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12.7–9).

Un aguijón en la carne. Qué imagen más vívida. La afilada punta de un aguijón perfora la suave piel de la vida y se aloja debajo de lasuperficie. Cada paso es un recordatorio de esa espina en la carne.

El cáncer en el cuerpo.

La angustia en el corazón.

El muchacho en el centro de rehabilitación.

La tinta roja en los libros de contabilidad.

El crimen registrado en los antecedentes.

Las ansias por güisqui al mediodía.

Las lágrimas en medio de la noche.

El aguijón en la carne.

«Quítamelo», has suplicado tú. No una ni dos veces, ni siquiera tres. Has orado mejor que Pablo. Él oró una carrera corta; tú has orado la maratón de Boston. Y tú estás a punto de tirar la toalla en el kilómetro treinta. La herida irradia dolor, y no ves ninguna señal de pinzas viniendo del cielo. Pero lo que tú oyes es esto: «Bástate mi gracia».

La gracia adquiere aquí una dimensión adicional. Pablo se está refiriendo a la gracia sustentadora. A la gracia redentora que nos salva de nuestros pecados. La gracia sustentadora se topa con nosotros en nuestro momento de necesidad y nos equipa con valor, sabiduría y fortaleza. Nos sorprende en medio de nuestros vuelos transatlánticos personales mediante amplios recursos de fe. La gracia sustentadora no promete ausencia de aflicciones sino la presencia de Dios.

Y según Pablo, el Señor tiene *suficiente* gracia sustentadora para enfrentar todos los desafíos de nuestras vidas. Suficiente. Tememos a su antónimo: *Insuficiente*. A veces hemos escrito cheques solo para ver las palabras «fondos insuficientes». ¿Ofreceremos oraciones solo para descubrir insuficiente fortaleza? Nunca.

Sumerge una esponja en el lago Erie. ¿Absorbiste tú cada gota del lago? Respira hondo. ¿Succionaste el oxígeno de la atmósfera? Arrancaste una rama a uno de los pinos de Yosemite. ¿Se acabó el follaje del bosque? Observa una ola del océano chocar contra la playa. ¿Nunca habrá otra ola allí?

Por supuesto que la habrá. Tan pronto como una ola se estrella en la arena aparece otra. Luego otra, y después otra. Esta es una imagen de la suficiente gracia del Señor. *Gracia* es simplemente otra palabra para el reservorio de fortaleza y protección del Señor que al llegar nos derriba y ensordece. Esa

gracia nos llega no de manera ocasional o mezquina sino de forma constante y agresiva, como una ola sobre otra. Apenas recobramos el equilibrio después de una gran ola, cuando *saz*, llega otra.

«Gracia sobre gracia» (Juan 1.16). Nos desafía a depender de Dios y a hacer valer nuestra esperanza en la noticia más feliz de todas: Si él permite el desafío, él proveerá la gracia para enfrentarlo.

Nunca agotaremos el suministro divino. «¡Deja de pedir tanto! Mi reservorio de gracia se está secando». Los cielos no conocen tales palabras. El Señor tiene bastante gracia para resolver todo dilema que tú enfrentes, para limpiar toda lágrima que derrames, y para contestar toda pregunta que le hagas.

¿Esperaríamos algo menos de parte de Dios? Él envió a su Hijo a morir por nosotros, ¿y no enviará su poder para sustentarnos? Pablo hallaba imposible tal lógica. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8.32).

Pablo nos insta a llevar todas nuestras ansiedades al Calvario. A permanecer en la sombra del Hijo crucificado de Dios. Ahora planteamos nuestras preguntas. *¿Está Jesús a mi lado?* Veamos nuestras heridas en la herida de él. *¿Permanecerá Dios conmigo?* Habiendo dado el regalo más supremo y más valioso, «¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8.32).

«Tu gracia me ha traído a salvo hasta ahora, y la gracia me llevará a casa». Cuando John Newton escribió esta promesa, lo hizo por experiencia personal. Su prueba más grande llegó el día en que enterró a su esposa Mary. La había amado entrañablemente y había orado para morir antes que ella. Pero su oración no había recibido respuesta.

Sin embargo, la gracia de Dios demostró ser suficiente. El día en que su esposa murió, Newton halló fortaleza para predicar un sermón el domingo. Al día siguiente visitó a algunos miembros de la iglesia y después ofició el funeral de su amada. Lloró la pérdida, pero en su dolor encontró la provisión divina. Más tarde escribió: «El Banco de Inglaterra es demasiado pobre para compensar tal pérdida como la mía. Pero el Señor, el omnisciente Dios, habla y las cosas se dan. Quienes lo conocemos y confiamos en él tendremos ánimo. El Señor puede darnos fortaleza de acuerdo a nuestros días. Puede aumentarnos las fuerzas a medida que aumentan los sufrimientos... y lo que puede hacer, él ha prometido que lo hará».[2]

Deja que la gracia de Dios destrone tus temores. La ansiedad llegará, por cierto. Habrá calentamiento global; aun se desencadenarán guerras; la economía hará de las suyas. Enfermedades, calamidades y aflicciones pueblan el mundo en que tú vives. ¡Pero no lo controlan! La gracia lo hace. En el avión en que tú vas, y a la manera de él, Dios ha incluido una flota de ángeles para suplir las necesidades en el momento adecuado.

Mi amigo Kyle se recuperó de la reacción, y los exámenes no muestran ningún rastro de VIH. Él y Heather reanudaron sus consultas con renovada convicción de la protección divina. Cuando le pregunté a Kyle respecto a su experiencia, él reflexionó que en tres ocasiones distintas había oído que una asistente de vuelo preguntaba: «¿Hay un médico a bordo?» En cada ocasión Kyle era el único médico en el vuelo.

«Cuando Heather me llevaba en silla de ruedas al avión, yo me preguntaba si a bordo habría alguien que nos ayudara». Pronto descubrió que Dios contestó su oración cien veces más, literalmente.